

# Organizar la *Esperanza*

TEXTO 1 | Pbro. Edwin Aguiluz Mila

# De verdad, ¿la esperanza no defrauda?



Cientos de millones de personas en el mundo pasan hambre. Mientras tanto, la acumulación de riqueza y la desigualdad crecen de modo imparable. Millones de familias deben salir de sus casas y tierras por motivos de la pobreza y de la guerra. Miles de seres humanos, también niños, mueren bombardeados o ametrallados en conflictos bélicos. El narcotráfico genera innumerables crímenes de todo tipo. Se destruye la Casa Común de modo irracional por un modelo socioeconómico basado en el egoísmo: la atmósfera, los mares, los bosques, las especies y el ser humano mismo lo sufren. La corrupción impide que nuestros países puedan gozar de desarrollo humano para todos. Así las cosas, ¿tiene sentido *esperar* algo mejor? ¿Es razonable hoy hablar de *esperanza*? En esta reflexión intentamos responder a esta pregunta.

El documento mediante el cual el papa Francisco nos ha convocado al Jubileo del año 2025, llamado bula, se tituló “La esperanza no defrauda”. Ha querido el Papa que la gran comunidad de la Iglesia Católica reavive la esperanza, dirigiendo nuestra mirada al texto de la Carta a los Romanos en el capítulo 5, versículos 1 al 5. En este texto, san Pablo dice:

*Habiendo, pues, recibido de la fe la justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún; nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.*

La esperanza es una virtud, o un hábito, que Dios infunde en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad, que nos ayuda a esperar con confianza algo que aún no tenemos. La esperanza más grande del cristiano es poder gozar de la vida plena junto a Dios ahora y por siempre, en su Reino en el que todo se mueve por el amor, la solidaridad, la justicia y la bondad. Ese Reino comenzó con Jesucristo, con su llegada (Lucas 17,20-21), y va avanzando en la historia humana, aunque tiene que convivir temporalmente con el mal. La parábola del trigo y la cizaña

nos lo explica (Mateo 13,24-43). *Esperamos* el día glorioso de la cosecha del trigo y de la desaparición de la cizaña, es decir, de la maldad, del hambre, de la violencia, de la injusticia, de la explotación, de la corrupción, de la desigualdad en el uso de los bienes que Dios creó para todas las personas.

Pero volvamos a la pregunta que nos hicimos al principio: cuando vemos tanta cizaña en el mundo actual, y, revisando en el largo camino recorrido por la humanidad en su historia, ¿tiene sentido “esperar” que las cosas pueden mejorar y que algún día se dará la gran cosecha del trigo? Es decir, ¿es razonable? El texto de la carta a la comunidad de los cristianos de Roma nos indica que sí. Entonces, debemos prestarle atención.

En primer lugar, nos muestra que la esperanza, aunque nace de Dios, también exige que nosotros crezcamos en esa virtud. Y eso se logra mediante un camino de maduración, que comienza en la paz que nos ofrece Dios al reconciliarnos con él, no por nuestros méritos, sino por los de Jesucristo, nuestro Señor, gracias a que la fe nos abre la puerta a lo todo el bien que él hace y quiere hacer por nosotros, es decir, a su gracia. Esto es lo que Pablo llama *justificación*. Tal experiencia nos permite enorgullecernos de la esperanza de la gloria de Dios, es decir, de poder gozar con él de la vida completa en su Reino, aquí y ahora, y por siempre.

Esa esperanza será tanto más sólida cuanto más nos fortalezcamos. Así, nos enseña san Pablo, no nos derrumbamos en las tribulaciones. En estas nos entrenamos en la paciencia, es decir, en nuestra capacidad de perseverar con aguante en medio de esos sufrimientos. Gracias a la paciencia, vamos logrando crecer y ser más fuertes,

superando pruebas. San Pablo mismo nos da el mejor ejemplo: en la carta a los Filipenses les cuenta que el encarcelamiento en el que se encuentra, *“ha contribuido más bien al progreso del Evangelio”*, y que *“la mayor parte de los hermanos, alentados en el Señor por mis cadenas, tienen mayor intrepidez en anunciar sin temor la Palabra”* (Filipenses 1,12-14), una palabra de amor, de justicia, de solidaridad. Pablo ha fortalecido su esperanza en el avance del Evangelio, pues sus cadenas en una apestosa y oscura cárcel (una gran tribulación, como él mismo las califica en Filipenses 4,14) no han encadenado a este; por el contrario, lo han potenciado.

Recordemos la pregunta inicial: ¿podemos, realmente, seguir esperando, pese a tantos sufrimientos nuestros y de tantas personas en el mundo? ¿O esa esperanza acaba siendo un fraude, una frustración? Leyendo con atención el texto de san Pablo, la respuesta es clara: *¡sí! ¡La esperanza no decepciona!* Hay una poderosa razón, nos dice el Apóstol: *“porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”*. Esto significa que tenemos la experiencia de que Dios nos permite vivir en un régimen de amor, que el nos da y nos contagia de modo muy abundante (“derramándolo”, dice), renunciando a la cizaña.

En efecto, podemos crear comunidades en las que nuestras relaciones sean fraternas y solidarias, en las que nuestros lazos se basen en el amor y no en la explotación, que se construyan a partir de la búsqueda del bien de todos y no basadas en la injusticia. Comunidades, además, abiertas a unirse a otros hombres y mujeres que luchan por una sociedad con bienestar para todos. La



Carta a los Colosenses nos enseña que Dios Padre “nos ha trasladado ya al Reino de su Hijo querido”, “rescatándonos del poder de las tinieblas”, esto es, de la lógica del egoísmo que solo causa dolor y sufrimiento en la humanidad (Colosenses 1,13). Es decir, aunque vivamos en un mundo lleno de maldad (cizaña), también hay bondad (trigo) que sigue creciendo.

Ver la comunidad de los cristianos de Roma, a la que san Pablo escribió su carta, nos ayuda a captar mejor lo que acabamos de mencionar. Roma era la capital de un enorme imperio basado en la opresión de numerosos pueblos, que estaba en todo su esplendor y en su mejor gloria. Era una ciudad enorme: tenía alrededor de un millón de habitantes. Estaba repleta de culto a dioses muy diversos, incluido el que se tributaba a los emperadores. El “evangelio” del imperio consistía en cada “buena noticia” de los triunfos militares del emperador o de sus generales. Se le llamaba “superstición” a cualquier culto que se opusiera a la religión oficial, lo que podía acarrear la condena de muerte.

En aquella gran ciudad, era desoladora la pobreza en que vivían cientos de miles de personas, cuya esperanza consistía en esperar algún subsidio imperial, lo que contrastaba con el lujo, las construcciones y mansiones de los grandes magnates. Se calcula que un tercio de la población vivía en la esclavitud. La falta de higiene, la inseguridad y el hacinamiento en edificios vulnerables a los incendios era la realidad cotidiana de los pobres.

San Pablo sabía que no podía transformar el Imperio, pero sí que los cristianos podían entrar en el modo de vida propio del Reino de Dios. En otras cartas había dicho a cristianos que habitaban en diversas ciudades que en la comunidad cristiana no podía haber desigualdades entre hombres y mujeres, judíos y paganos, esclavos y libres (Gálatas 3,28), lo que chocaba con las injustas discriminaciones o desigualdades basadas en origen étnico, género o posición socioeconómica.



Foto: Cáritas Brasileira

Propugna una comunidad en la que el que el amo debía ver como su hermano al esclavo (ver carta a Filemón). Afirmaba que no podía primar el egoísmo, que llevaba a unos a banquetear mientras otros pasaban hambre (1 Corintios 11,21). Creía en comunidades cristianas en las que la mayoría, pese a su pobreza y falta de formación académica, no eran menos que los que en la sociedad tenían poder o nobleza de sangre, como la que él fundó en Corinto (1 Corintios 1,26). En la comunidad cristiana que promueve san Pablo, nada se debe hacer *“por rivalidad o vanagloria, sino con humildad, considerando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno solo por lo suyo propio, sino también por lo de los otros”* (Filipenses 2,3). Se trata de una comunidad centrada en el amor (ágape), por lo tanto, en la que los hermanos se tratan con paciencia y bondad; sin envidia; sin altanerías y vanidad; sin hacerse daño unos a otros; en la que nadie busca lo suyo propio, sino el bien común; en la que se controla la irritación, se perdona y no se guarda rencor; en la que no se goza de la injusticia, tanto al interior como fuera de ella; en la que la verdad produce alegría; en la que se persevera en el sufrimiento; en la que se cree con confianza; y, por lo tanto, en la que “todo se espera”, es decir, se tiene esperanza (1 Corintios 13,4-7).

Creía, san Pablo, que era posible crear una red solidaria de comunidades en diferentes partes del Imperio, en la que se podía apoyar a los hermanos con necesidad de otra región, no para que unos empezaran a pasar necesidad por ayudar a otros, sino para que “hubiera igualdad” (2 Corintios 8,13), como la que él organizó para auxiliar a la comunidad de Jerusalén en tiempos de hambruna. El cristiano podía ser libre,

aunque padeciera azotes, cárcel y toda suerte de peligros y enfermedades (2 Corintios 2,10; 11,24-26).

Pese a una sociedad estructurada sobre el patriarcado, en el modelo de comunidad que promulga san Pablo, las mujeres podían desempeñar un papel protagónico en las tareas de la comunidad y en el proyecto misionero. Ese rol preponderante lo tuvieron las que estuvieron vinculadas a san Pablo en su labor evangelizadora y constructora de comunidades fraternas: la diaconisa Febe, Priscila, Junia, María, Tridfena, Trifosa, Pérside, Julia, la madre de Rufo, Evodia y Síntique y, sin duda, muchas otras no mencionadas en las cartas conocidas de San Pablo.

— “ —  
¿Podemos, realmente,  
seguir esperando, pese a  
tantos sufrimientos  
nuestros y de tantas  
personas en el mundo? ¿O  
esa esperanza acaba  
siendo un fraude, una  
frustración? Leyendo con  
atención el texto de san  
Pablo, la respuesta es  
clara: ¡sí! ¡La esperanza  
no decepciona!

San Pablo promovía comunidades en las que nadie debía verse por encima de otro, contrariamente a la exaltación del poder militar, político y económico en Roma. Comunidades en las que no se podía rendir culto no solo al emperador y los dioses, sino al peor de todos los ídolos: la avaricia y la codicia, como recordarán sus seguidores (Colosenses 3,5).

La comunidad cristiana, para san Pablo, era un cuerpo, en el que nadie sobra, nadie está al margen, nadie es descartado. En ese cuerpo todos los carismas y las misiones son importantes. Un cuerpo en el que “si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo” (1 Corintios 12,26). Este tipo de comunidad es el que le propone justamente a los cristianos de Roma, a quienes planeaba visitar (Romanos 12,3-8).

Es la comunidad en la que un gran perdedor, un humillado en sumo grado, un condenado como delincuente a la pena de la que los mismos sabios romanos se avergonzaban podía ser tenido como el único Señor, aunque esto fuera demencial para unos y escándalo para otros (1 Corintios 1,23).

Una comunidad así era un “milagro” en el mundo del imperio Romano. Y aunque no todos entraban en el Reino de Dios, también los cristianos debían testimoniar este estilo de vida a todos, haciéndoles el bien y mostrándoles amabilidad y buen trato (Romanos 12,18; 13,1-7; 1 Tesalonicenses 5,15; 1 Corintios 10,32-33, Gálatas 6,10; Filipenses 4,5). Pese a la maquinaria del poder imperial militar, económica, de control político, de desigualdad y de represión, las



comunidades subsistían y crecían en cantidad y en madurez cristiana, gracias a un poder mayor que el del aparato imperial: ¡el amor de Dios actuando por el Espíritu que nos ha sido dado! En la misma carta a los Romanos (4,18), refiriéndose a Abraham, Pablo utiliza una fuerte expresión: “esperar contra toda esperanza”. Es decir, esperamos, aunque parezca absurdo, por una razón: confiamos en Dios, a quien conocemos.

Si Dios puede producir esto en nosotros, y eso lo hemos comprobado igual que san Pablo, en nuestras comunidades cristianas a lo largo y ancho de América Latina y el Caribe, entonces, nuestra esperanza no defrauda, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”. Desde esta esperanza nos unimos a las mujeres y a los hombres que luchan por una sociedad en la que impere la justicia, la equitativa





Foto: Cáritas Ecuador

distribución de los bienes, la solidaridad como base de la institucionalidad y el cuidado de la Casa Común.

Nuestro servicio solidario desde Caritas es una manifestación del amor de Dios. Podemos ayudar a muchos hermanos y hermanas a crear redes de relaciones solidarias, fraternas, justas, pese a que la cizaña, como ha advertido Jesús mismo, siga conviviendo con el trigo de nuestras comunidades. Precisamente, todo lo que hace nuestra familia Caritas en solidaridad con las víctimas de la violencia, con quienes están privados de libertad, con enfermedades y con discapacidad, con los jóvenes, los ancianos, las personas migrantes y las víctimas de la pobreza forman parte, entre otras acciones, de la *"multiplicidad de signos de esperanza [que] testimonian la presencia de Dios en el mundo"* (Bula, n.º 17), derramando su amor.



## Pbro. Edwin Aguiluz Mila

Presbítero de la Arquidiócesis de San José, Costa Rica y director de la Cáritas de Costa Rica. Estudios teológicos en el Instituto Teológico de América Central y la Universidad Nacional, en Costa Rica. Licenciado canónico en Historia de la Iglesia, por la Universidad Pontificia Comillas, España. Diplomado en Exégesis Bíblica, por la Universidad de la Santísima Concepción de Chile.

Título: Organizar la esperanza - Texto 1  
Autor (responsable): Pbro. Edwin Aguiluz Mila  
Equipo: Comisión Teológica Asesora  
Fecha de creación: 15 de septiembre de 2025  
Revisado por Coordinación de Comunicaciones  
Foto de portada: Cáritas Ecuador

© Cáritas América Latina y el Caribe

